ESCENA VI

CORTÉS (solo y pensativo).

CORTÉS No más obstáculos, no:
Alza, corazon medroso.
¿Pero cuándo palpitó
En mi pecho pesaroso?
¡Si no le conozco yo!
Yo, que conquisté la gloria
Y eternicé mi memoria,
¿Sujeto á un amor cobarde?
¡Ya es muy tarde! ¡ya es muy tarde!
¡Yo pertenezco á la historia!
Al que á todos ha vencido,
Quieren vencer. . . . Escondido
Amor me destroza el alma. . . .
Cuidad, cuidad de la calma
Del regio leon herido.
Quien de un mundo árbitro es,
Ganado en fiera batalla,
Su bien templado paves
Áun conserva. ¡Atras, canalla!
¡Soy el grande Hernan Cortés!

ESCENA VII

CORTÉS.—MARINA.

MARINA. ¿Me llamabas, Hernando?
¿Por qué tus ojos lágrimas bañando
Miro? ¿Por qué suspiras?
CORTÉS. ¡Volcanes son mis ojos de mis iras!
MARINA. ¿Quién es el atrevido
Que el corazon en rabia te ha encendido?
CORTÉS. Es Don Nuño, es la Audiencia,
El mismo Emperador, que residencia
Manda me tomen. Todos
Burlarme piensan de diversos modos.
Yo soy el ahuehuete
Que el huracan azota; que acomete
El iracundo trueno;
Y cuyo tronco audaz salpica el cieno;
Cuyas ramas, violenta
Sacude asoladora la tormenta;
Y ni rayos ni vientos
Pueden nunca arrancar de sus cimientos.
Para vencer la saña

De tantos enemigos, voy á España.
En tu dicha pensando,...

MARINA. ¿Pensabas en mi dicha, Don Hernando?

CORTÉS. Viendo que tu nobleza
Un nombre ha menester, una grandeza
Digna de tí, Marina....

MARINA. No sé qué vil traicion mi alma adivina.

CORTÉS. De la riqueza el brillo,
Y un esposo, Don Juan de Jaramillo....

MARINA. Acaba, Hernando, acaba.

CORTÉS. Vas á partir mañana á Huirizaba.

MARINA. ¿Y así tú me abandonas?
¿Y mi amor y adhesion así coronas?
¡Oh, monstruo! ¡padre impío!
¿Y tu hijo, Cortés? ¿y el hijo mío?
No, la misma pantera
No abandona á sus hijos: esa fiera
Corazon más humano
Tiene que el gran conquistador cristiano.

CORTÉS. Separarnos es fuerza;
Y no hay poder, lo sabes tú, que tuerza
Mi voluntad altiva.

MARINA. De aquí no he de salir miéntras que viva.
Ignoro por qué, cielos,

Rompen mi corazon agudos celos.
¡Si ha tiempo que notaba
Que aquel tu amor tan vivo muerto estaba!
Ha tiempo que veía
Tu faz severa y tu mirada fría.
Ha tiempo que en mi frente
No imprimía tu labio un beso ardiente.
¡Y tiempo hace que fijo
No está tu pensamiento en nuestro hijo!

CORTÉS. No, tanto me ocupaba....

MARINA. Que para amarme el tiempo te faltaba.
(Pausa).
No que recuerdes quiero,
Que á tí mi amor redujo el mundo entero;
Ni que, por darte gloria,
Á mi patria he vendido; y que la historia,
Al hablar de tu amante,
Me pintará traidora repugnante.
Porque rey Cortés fuera,
De los reyes maté la estirpe entera.
Por tí, en sangrienta bruma,
La familia infeliz de Moteczuma,
Al soplo de mi ira
Se perdió para siempre.

(*Sacando la espada de Cortés, con la que se queda durante la escena*). Mira, mira:
Tu vencedora espada
Con la sangre imperial está manchada.
Abandonar quisiste
La ciudad de Tenoch la Noche Triste.
Mandaste á tus soldados
Matar al rey, y todos espantados
Ante él retrocedieron,
Y por primera vez no obedecieron.
Y tú mismo temblaste,
Y matarle, mirándole, dudaste.
Pero yo en el momento
La espada te arranqué con fuerte aliento;
Y en su pecho tranquilo
Hundí tres veces el cortante filo.
Despues en la pelea,
Relámpago fugaz, pasó la idea
Por mi alma delirante,
De matar á sus hijas.... Al instante
Las busqué en la batalla,
En medio de las olas de metralla,
Y la lluvia de flechas,
Que en nubes desgarradas y deshechas,

Los indios altaneros
Sobre nosotros derramaban fieros.
Á Doña Ana abrazada
Con Doña Ines hallé. Dame la espada,
Te dije: me la diste;
Y murieron las dos la Noche Triste.
Y cuando yo creía
Que á alzarte emperador el pueblo iría,
Me hablaste de las leyes,
Y del poder inmenso de tus reyes:
Dijiste que era tarde.
¡Siempre hay tiempo, Cortés, de ser co-
CORTÉS. ¿Cobarde yo? (barde!
MARINA. É ingrato.
CORTÉS. Marina, calla: teme mi arrebato.
¡Me asusta ya la fiera!
¡Cansado está el leon de la pantera!
MARINA. Y tú teme mis celos.
Si á esa mujer descubro, ¡por los cielos!
Que me roba la vida,
Por esta espada, Don Hernando, herida
Con ímpetu violento,
Exhalará á mis piés su último aliento.
CORTÉS. Calla, calla Marina....

MARINA. Me dice que me cálle, y ¡me asesina!
(*Pausa.*)
(*Con frenesí*). Déjame aquí á tu lado.
¡Seré yo tan feliz! ¡tú tan amado!

CORTÉS. Marina, es imposible.

MARINA. Si lo oigo de su boca, y no es creíble.
¡Cortés!....

CORTÉS. Nunca, señora.

MARINA. ¿Nunca?

CORTÉS. Jamas.

MARINA. La rabia me devora.
Pues matas mi esperanza,
El hijo tuyo muera; y mi venganza....

(Hace un movimiento, con la espada en la mano, hacia su habitacion).

CORTÉS. Detente. ¿No eres madre?

MARINA. ¿Y acaso, desdichado, eres tú padre?
¡Que su sangre inocente
Caiga, Cortés, sobre tu altiva frente!

ESCENA VII

DICHOS.—BERNAL.

(*Al decir Marina el último verso, se dirige á su habitacion.—Bernal, que ha aparecido por la galería, se dirige á Marina.—Durante este tiempo, y ántes de que Bernal esté cerca de Marina, dice Cortés*):

CORTÉS. Hoy al infierno le plugo
Que no trajera el puñal.

(En ese momento ve á Bernal que está ya cerca de Marina, y le dice):

Mata á esa mujer, Bernal.

(Bernal toma el brazo derecho á Marina que suelta la espada, y al mismo tiempo de verificar esa accion, dice con altivez):

BERNAL. ¡Bernal Díaz no es verdugo!

(*Telon muy rápido*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.